



LA
CIUDAD
JUSTA

Jo Walton

Atenea, diosa griega de la sabiduría, ha dado vida a la República de Platón en una isla perdida del Mediterráneo. Allí reúne a filósofos de todas las épocas, niños que fueron esclavos y robots encargados del trabajo duro.

En La Ciudad Justa, Simmea, una niña brillante, demostrará todo su potencial; Maia, una antigua dama victoriana, deberá encontrar su verdadero lugar y Apolo comprenderá por fin el valor de la vida humana.

Este libro es para Ada, que me llevó al
Apolo de Bernini.



PREFACIO

Quienes hayan leído más de un libro de Jo Walton sabrán que es una autora ecléctica, que cada una de sus historias es diferente y que al pasar la última página del libro, habrán disfrutado del viaje y, al mismo tiempo, habrán descubierto algo nuevo. Si algo caracteriza su obra es precisamente esa pasión por las ideas, por el conocimiento, por explorar un tema desde una perspectiva original y llevarlo hasta las últimas consecuencias. Buen ejemplo de ello, además de la que nos ocupa, son sus novelas *Garras y Colmillos* (La factoría de ideas, 2005), donde nos deleitó con una sociedad victoriana representada hasta el más mínimo detalle, pero protagonizada por dragones, y *Entre Extraños* (RBA, 2012), un nostálgico paseo por la ciencia ficción clásica conjugado con una atmósfera tenebrosa y una dura realidad.

Quizás esa pasión por el mundo de las ideas sea el motivo de que más de treinta años después de su primera lectura de la República de Platón (428-347), la obra siguiera orbitando a su alrededor. Según ella misma explica en su página web, *La Ciudad Justa* proviene de la primera idea que tuvo para escribir una novela, aunque luego tardó media vida en encontrar los elementos que darían sentido al libro.

Al fin y al cabo, el sueño de Platón, la polis en la que la humanidad accede a los bienes de la Justicia y del Equilibrio, es una de las grandes utopías de la cultura occidental, y su influencia llega hasta nuestros días.

El filósofo ateniense recoge en la *República* gran parte de su pensamiento, y propone una organización social cuyos valores deben ser el Bien, la Justicia y la Belleza.

Platón vivió una época de la historia griega muy agitada. Durante su juventud sufrió la Guerra del Peloponeso, que culminó con la breve y sangrienta oligarquía de los Treinta Tiranos. Tras la muerte de Sócrates, su maestro, abandonó Atenas y viajó durante varios años visitando, entre otros lugares, Siracusa, donde trató de inculcar sus ideas de gobierno a Dionisio el Joven, aunque perdió rápidamente el favor del tirano y tuvo que regresar a Atenas. En la Carta VII (cuya autoría se atribuye a Platón, aunque existen dudas sobre su autenticidad) leemos: «Vi que el género humano no llegaría nunca a librarse del mal, si antes no alcanzaban el poder los verdaderos filósofos o si los regidores del estado no se convertían, por azar divino, en espíritus filosóficos».

La *República* es un diálogo en el que Sócrates narra sus encuentros con diversos personajes. Sócrates es, por tanto, un narrador que se dirige al lector. Por medio de este recurso Platón nos muestra al dios socrático, que prescribe los valores que nos permiten perfeccionar el alma por un lado, y por otro indagan acerca del mejor estado posible. Construye así un discurso que aquí es *isegoría*, es la palabra usada libremente, la pregunta que induce a la reflexión y al diálogo. Y, en el diálogo, en la comunicación, es donde aparecen los conceptos del Bien, la Justicia y la Belleza, que son conceptos inalterables y eternos pertenecientes al plano de las ideas.

Para Platón, las ideas son la causa de las cosas, la realidad suprema a cuya imagen está hecho el mundo, y esta forma de pensar supondrá un salto para la humanidad desde el modelo homérico regido por la divinidad.

Platón edifica, en el espacio verbal, la ciudad ideal, una ciudad ideal con un contenido virtuoso. Describe los valores que debe poseer la polis para hacer posible la *isonomía* (una justicia igual para todos), y defiende que la conducta del estado, así como la del individuo, deben estar

regidas por la sabiduría, el valor, la prudencia (*sofrosine*) y la legalidad (*dikaiosyne*).

En la *República* el lector encontrará detallada la organización social al milímetro, la división por clases sociales, la educación necesaria para formar reyes filósofos, incluso el modo de preservar las mejores cualidades en las generaciones futuras. Fueron precisamente estos detalles los que encendieron la imaginación de la Jo Walton de quince años, cuando todavía estaba muy cerca de esos diez años en que según el filósofo los niños son como cascarones vacíos capaces de absorber todos los conocimientos. No es casual el momento vital en que nace la idea, la adolescencia es un tiempo de cambio en que los recuerdos de la niñez son aún vívidos, y sin embargo, nos asomamos a los abismos de incertidumbre que traerán los próximos años. Quizás por eso es el momento ideal para descubrir la filosofía, para hacerse las grandes preguntas y también para cuestionarlo todo.

En la primera versión del texto ya había viajes en el tiempo y ya aparecía Ficino, pero faltaban dos elementos para que la historia funcionara: dioses griegos que la echaran a andar y la aparición de Sócrates con su mirada incisiva.

Y si de dioses griegos se trata ¿quién mejor que Apolo para ser uno de los narradores de esta historia? El más humano de todos los dioses griegos, el primero en mostrar compasión hacia nosotros.

En Homero, los héroes están marcados por el destino, la fama y el esfuerzo, mientras los dioses observan, imperturbables, su quehacer.

En el Canto XXIV de la *Ilíada*^[1], cuando Aquiles arrastra a Héctor, después de muerto, el poeta dice: «Así ultrajaba en su furor a Héctor, de la casta de Zeus...».

La acción llega a la duodécima aurora, y Apolo indignado dice a los inmortales: «¡Dioses crueles y maléficos! [...] Aquiles ha perdido toda piedad y no tiene ningún res-

peto, don que a los hombres causa un gran daño o un gran beneficio...».

Asoman en la piedad que reclama Apolo algunos valores que, con el tiempo, transitarán por la semántica griega y constituirán la esencia de la polis ideal planteada por Platón: Díke (Justicia), Agathón (Bien), Areté (Virtud o Excelencia). Todas ellas llaman a lo colectivo, al comportamiento ético que subordina el egoísmo del individuo a los intereses de la comunidad.

Como tantas utopías, lo que tiene de ideal y perfecto la República como marco teórico, se diluye en las mil y un decisiones mundanas que conlleva y los incontables compromisos a los que hay que llegar para llevarla a cabo. La brillantez de Jo Walton reside en llevar esta idea hasta las últimas consecuencias, ponerla en práctica con precisión mecánica, y ver qué puede ocurrir, como buena discípula del filósofo. En *La Ciudad Justa*, en uno de los diálogos entre Sócrates y Maya, esta dice refiriéndose a Platón: «Creo que la encontró con frecuencia [la verdad] y, lo que es más importante, creo que nos invitó a todos a la búsqueda».

De la misma manera, la autora nos hace partícipes de la búsqueda.

Rebeca Cardeñoso Viña
Editora

Vayas donde vayas, hay muchos lugares donde serás bienvenido.

Y si eliges ir a Tesalia, tengo amigos allí que te tendrán en gran estima y te proporcionarán protección absoluta, para que nadie de Tesalia pueda estorbarte.

PLATÓN, *CRITÓN*

Los trirremes que defendieron Grecia en Salamis también defendieron Marte.

ADA PALMER, *DOGS OF PEACE*

Sí, conozco a Platón, pero si siempre subes los escalones de tres en tres, un día pasarás por alto uno astillado.

MARY RENAULT, *EL ÚLTIMO VINO*

Si pudieras dar ese primer paso,
podrías bailar con Artemisa
junto al Apolo 11.

JO WALTON, «SUBMERSIBLE MOONPHASE»

I. APOLO

Se convirtió en árbol. Fue un Misterio. Así debió ser. Era lo único que tenía sentido, porque no lo entendí. Odio no entender algo. Me metí en todo esto porque no entendí por qué se convirtió en árbol... por qué decidió convertirse en árbol. Se llamaba Dafne, igual que el árbol en que se convirtió, mi laurel sagrado con el que se coronan los poetas y los héroes victoriosos.

Primero pregunté a mi hermana Artemisa:

–¿Por qué convertiste a Dafne en árbol?

Artemisa se limitó a mirarme con los ojos llenos de luz de luna. Es mi hermana de sangre, sería lógico pensar que eso contaría para algo, pero no podríamos ser más distintos. Estaba fría como el hielo, con una ceja levantada, reclinada sobre un argénteo paisaje lunar helado.

–Me lo suplicó. Lo deseaba muchísimo. Y tú estabas encima, tenía que hacer algo drástico.

–Su hijo habría sido un héroe, tal vez incluso un Dios.

–Tú lo de la virginidad no lo entiendes en absoluto –dijo, desdoblado una pierna fría como el hielo y extendiéndola.

La virginidad es una de las cosas que más le importan a Artemisa, junto con los arcos, la caza y la luna.

–No había hecho voto de castidad. No se había dedicado a ti, no era sacerdotisa. Yo jamás habría...

–De verdad que no te enteras. Creo que sería mejor que hablaras con Hera –interrumpió, mirándome por encima del hombro.

–¡Pero Hera me odia! Nos odia a los dos.

–Ya lo sé. –Ya estaba preparada para largarse–. Pero lo que no entiendes entra más en su campo. Si no, pregúnta-

le a Atenea.

Y, dicho esto, se fue, como una flecha que sale de un arco o un ciervo blanco de su refugio, impulsándose por las polvorientas llanuras de la luna para caer en picado en algún lugar de las solo algo menos polvorientas llanuras de Escitia. Jamás me ha perdonado que las misiones lunares se llamasen Programa Apolo cuando deberían haber llevado su nombre.

Mis dominios son amplios, tanto en poder como en conocimiento. Soy patrón de la inspiración, la creatividad, la poesía y la música. También me encargo del sol y de la luz. Y soy señor de la sanación, los ratones, los delfines y otras especialidades diversas que he ido adquiriendo, algunas de las cuales he transferido a mi descendencia y demás, aunque siempre mantengo un ojo atento a todas ellas. Sin embargo, una de mis características más importantes, al menos para mí, siempre ha sido el saber. Y ahí es donde coincido con Atenea, que siempre va con su lechuga y es la Diosa de la sabiduría, el conocimiento y el aprendizaje. Si yo soy la intuición, el salto lógico; ella es la trabajadora constante que no se salta ni un solo paso del camino. Juntos formamos un gran equipo, en lo que a conocimiento se refiere. Yo soy un cazador, como mi hermana Artemisa. La caza es lo que me emociona, y esto ocurre tanto con la persecución del conocimiento como con la de un animal o de una ninfa. (¿Por qué habrá preferido convertirse en árbol?). Atenea es distinta: le encanta pasar una tarde en la biblioteca, escudriñando notas al pie y relacionando dos pequeñas inferencias. Yo soy más del rollo «¡Eureka!» y ella, de desplazar y medir pesas de oro y plata.

La admiro. De verdad. Somos medio hermanos. Todos los olímpicos somos parientes de un modo u otro. Ella también es una Diosa virginal, pero a diferencia de Artemisa, no ha convertido su virginidad en un fetiche. Siempre he pensado que está demasiado ocupada trabajándo-

se la sabiduría para meterse en todo ese jaleo del amor y el sexo. Tal vez dentro de unos milenios acabe entrando en el tema, si llegado el momento le resulta interesante. O tal vez no debería. Es muy independiente. Artemisa siempre está bañándose desnuda en las pozas del bosque y luego castigando a los cazadores que la ven sin querer. Atenea no es así para nada. Ni siquiera estoy seguro de que haya estado desnuda alguna vez o se lo haya planteado siquiera. Y tampoco nadie piensa en eso en su presencia. Cuando estás con Atenea solo piensas en nuevas formas de parir ideas fascinantes que resulta que ya tenías y que ahora tal vez logres encajar para crear nuevos conocimientos asombrosos. Y todo es tan interesante que lo del sexo parece un poco una tontería irrisoria en comparación. Así que tenía un montón de razones para no querer tocar el incidente de Dafne con ella.

Sin embargo, me escocía la necesidad de saber por qué Dafne había preferido transformarse en árbol antes que copular conmigo.

Fui a ver a Atenea, que estaba justo donde suponía que estaría, haciendo justo lo que suponía que estaría haciendo. También lucha si es necesario, claro está, y, cuando lucha, es mortal de necesidad: tiene la lanza y el escudo de la gorgona, y lo sabe todo sobre estrategia. Sin embargo, pasa casi todo el tiempo en alguna biblioteca, tanto mortales como olímpicas. De hecho, vive en una biblioteca. Por fuera es igual que el Partenón de Atenas, pero por dentro es como... una inmensa guarida de libros. No se puede describir de otra forma.

Justo al entrar hay una columna muy corta, como un tocón, donde se echa la siesta la lechuza, con la cabeza recogida bajo el ala. Por regla general, la lanza, el escudo y el casco están apoyados en esa columna. También hay un escritorio, donde se sienta, abarrotado de pergaminos y códices y teclados y cables y pantallas. Entre dos de las columnas exteriores entra un único rayo de sol que cae en

el punto exacto del escritorio e ilumina lo que esté usando mi hermana en ese momento. El resto de la estancia es todo libros. Las paredes están forradas de estanterías, y en el suelo hay pilas de libros, del techo cuelgan redes de pergaminos. Lo peor es que todo está ordenado: alfabetizado, archivado, organizado e incluso etiquetado, pero nada está bien apilado y el aspecto general es un caos absoluto. Siempre que paso por allí me entran ganas de ordenar. Me molesta. Con frecuencia, cuando tengo que quedar con ella le pido que nos veamos en un sitio que sea cómodo para los dos, como la Biblioteca de Alejandría, la Biblioteca Laurenciana o la de la Universidad Wiedener.

Como ya he dicho, formamos un buen equipo, pero, por regla general, lo hacemos como iguales. No suelo ir a suplicarle. No suelo suplicar a nadie, salvo a Padre cuando no hay manera de evitarlo. Casi nunca tengo la necesidad. Así que, tratándose de Atenea y de aquel tema en particular, me sentía de lo más incómodo.

Pese a todo, fui a su casa-biblioteca y me puse delante del rayo de sol hasta que se dio cuenta de que se había ensanchado para abarcar todo el escritorio y levantó la vista.

—El júbilo sea contigo, arquero divino —dijo al verme—. ¿Traes noticias?

—Una pregunta —dije, sentándome en la escalinata de mármol del exterior, para no tener que flotar en el aire o arriesgarme a pisotear algún libro.

—¿Una pregunta? —repitió, y salió para reunirse conmigo.

Se sentó en un escalón a mi lado, con las vistas de toda Grecia a los pies: las colinas, las llanuras, las ciudades bien construidas, las islas flotando en un mar oscuro como el vino, surcado de trirremes que navegaban entre una y otra. Bueno, los trirremes no los veíamos desde aquella distancia, salvo que nos esforzásemos, pero os aseguro

que estaban allí. Podemos ir al lugar y el tiempo que queramos, pero ¿por qué nos íbamos a alejar del mundo clásico, siendo el mundo clásico tan espléndido?

–Resulta que una ninfa –empecé.

Atenea levantó la nariz.

–Si de eso se trata, me vuelvo al trabajo.

–No, por favor. Es una cosa que no entiendo.

Me miró.

–¿Por favor? De acuerdo, continúa.

Como ya he dicho, no suelo suplicar, pero eso no significa que desconozca el protocolo.

–Se llamaba Dafne. La perseguí, acababa de pillarla y me disponía a copular con ella, cuando se convirtió en árbol.

–¿Se convirtió en árbol? ¿Estás seguro de que no era una dríade?

–Segurísimo: era una ninfa. Una nereida, si quieres ponerte técnica. Su padre era un río. Rezó a Artemisa y Artemisa la convirtió en árbol. Le pregunté a Artemisa por qué lo había hecho y me contestó que Dafne lo deseaba con desesperación. ¿Por qué quiso convertirse en árbol para evitarme? ¿Cómo es posible que le importase tanto? No había hecho voto de castidad. Artemisa me dijo que se lo preguntase a Hera y luego que igual tú lo sabías.

Al oírme mencionar a Hera, me miró con los ojos grises llenos de interés.

–Creía que no sabrías responderte, pero Artemisa mencionó a Hera, así que tal vez sí lo sepa. ¿Qué hay detrás de todo lo que le importa a Hera?

–Padre –respondí.

Atenea soltó una risa nasal.

–¿Y?

–El matrimonio, por supuesto –dije. Odio esos diálogos socráticos en los que todo se eterniza al ritmo de un caracol excesivamente lógico.

–Creo, tal vez, que lo que se te escapa en este asunto de Dafne es la importancia del consenso. No había hecho voto de castidad, es posible que hubiera decidido entregar su virginidad algún día. Pero todavía no había hecho la elección.

–Yo la elegí a ella.

–Pero ella no te había elegido a ti. No fue mutuo. Tú decidiste perseguirla. No pediste permiso y, desde luego, ella no te lo dio. No fue consensuado. Y, por lo que se ve, no te deseaba. Así que se convirtió en árbol –concluyó Atenea, encogiéndose de hombros.

–Pero es un juego –razoné. Sabía que no lo entendería –. Las ninfas corren y nosotros las perseguimos.

–Es posible que no todo el mundo quiera jugar a ese juego.

Perdí la mirada en las islas distantes, que asomaban entre las olas como una escuela de delfines. Conocía todos sus nombres y los de sus puertos, pero en aquel momento preferí no verlas más que como azul sobre azul, como formas de nubes.

–Volición.

–Exacto.

–¿Que los deseos de ambos tienen igual relevancia? –pregunté.

–Ajá.

–Interesante. Eso no lo sabía.

–Bueno, pues: eso es lo que has aprendido de Dafne –dijo Atenea, poniéndose de pie.

–Estoy pensando en hacerme mortal un tiempo –comenté, mientras las implicaciones de aquello empezaban a calar.

Mi hermana volvió a sentarse.

–¿De verdad? ¿Eres consciente de que eso te haría muy vulnerable?

–Lo sé, pero hay cosas que aprendería mucho más aprisa de ese modo. Cosas interesantes. Cosas sobre la